

LA CANCIÓN DE LA TIERRA

A la memoria de Gonzalo Upegui

El año 1907 fue trágico en la vida de Gustav Mahler. Murió su hija mayor, perdió su posición como director de la Ópera de Viena y se le diagnosticó una afección cardíaca que lo llevaría pocos años después a la tumba. Sin duda, los acontecimientos cambiaron en forma radical la vida y el quehacer artístico del compositor.

Mahler esboza la que denominó sinfonía para contralto, tenor y orquesta “La Canción de la Tierra” durante una estadía en la bella región austríaca del Tirol, poco después de la muerte de su hija Maria. Compose la mayor parte de la obra al año siguiente cuando se encuentra en un retiro veraniego de las montañas dolomitas.

El compositor había nacido en 1860, en Bohemia, entonces parte del imperio austríaco. Sus padres judíos pertenecían a la minoría germanoparlante que vivía entre la población checa. Aunque su obra no mereció mayor atención durante largas décadas, hoy día muchos la consideran anticipadora de los drásticos cambios de la música en el siglo XX. Mahler puede verse como uno de los últimos herederos de la tradición romántica en el cambio de siglo, y como un compositor que expandió la concepción sinfónica y la enriqueció al combinarla con la canción.

Alejado de los convencionalismos y afanes de la vida cotidiana, persiguió siempre un ideal musical que expresase su espíritu atormentado, la lucha por entender el sentido de la vida y su actitud frente a la muerte. Por eso, para él su música tiene el carácter de “programa”, es decir, expresa experiencias vividas por el artista y puede ser descrita en términos de significados concretos. Concepción a veces exagerada, no exenta de ciertos ribetes sentimentalistas.

Cuenta Alma Mahler, su esposa, que un viejo y destructivo amigo le mostró al compositor un libro de poemas chinos con el título “La Flauta China”, en traducción al alemán por Hans Bethge. La obra se relaciona con versos de poetas chinos del siglo VIII, entre ellos el famoso Li Tai-Po. El mismo Bethge reconoció que no se trataba de “traducciones” (algo imposible si se refiere a poesía, y más si ella proviene del idioma chino de la corte imperial), sino de versiones libres cuyo origen no siempre puede atribuirse con certeza a los poetas allí citados.

Gustav Mahler tomó siete textos de la colección mencionada y los reunió en seis partes para ser cantadas con participación orquestal, cada una de las cuales dio origen a un movimiento de la sinfonía que compuso para dos voces y orquesta. Las partes 3 y 4 tienen un carácter amable, la 5 inclusive es jocosa, todo lo cual contrasta con el espíritu sombrío y pesimista que por lo general envuelve las otras tres partes que les sirven de marco a aquellas.

En “La Canción de la Tierra” el compositor desarrolla al máximo las posibilidades sinfónicas de la canción (“Lied” en alemán). La interacción de voz y orquesta, fundida en una arquitectura sinfónica de gran aliento, es tal vez la obra más alta de Mahler y casi podría verse como una despedida del romanticismo.

El autor de estas líneas presenta a continuación su traducción libre de los textos de “La Canción de la Tierra”, a partir de la versión alemana de Bethge.

LA CANCIÓN DE LA TIERRA

A partir del texto en alemán de Hans Bethge “La Flauta China”

1. Canción y Vino de las Miserias Terrenales

Ya el vino está servido en la copa dorada;
pero no bebáis todavía, primero os cantaré una canción.
La canción de la tristeza sonará graciosa en vuestras almas.
Cuando la tristeza se acerque, desiertos yacerán los jardines del alma,
marchitos y muertos el canto y la alegría.
Sombria es la vida, sombría es la muerte.

¡Señor de esta casa!
¡La bodega oculta la abundancia de tus vinos dorados!
¡Aquí me apropio de este laúd!
Tocar el laúd y vaciar los vasos,
son dos cosas que se acompañan bien.
Una copa rebosante de vino en el momento propicio
¡vale más que todas las riquezas de esta Tierra!
Sombria es la vida, sombría es la muerte.

Siempre azul el firmamento,
duradera la Tierra y floreciendo en primavera.
Pero tú, hombre, ¿cuánto tiempo vivirás?
¡Ni siquiera cien años podrás disfrutar
las corruptas banalidades de esta Tierra!

¡Mirad allá abajo! A la luz de la luna sobre las tumbas
se acucilla una figura salvaje y fantasmal.
¡Es un simio! ¡Escuchad cómo sus aullidos
resuenan entre los dulces aromas de la vida!
¡Ahora tomad el vino! ¡Ha llegado el momento, compañeros!
¡Vaciad vuestras copas doradas hasta el fondo!
Sombria es la vida, sombría es la muerte.

2. El Solitario en Otoño

Las nieblas del otoño flotan azulmente sobre el lago;
la escarcha cubre todas las briznas de hierba;
como si un artista hubiese arrojado trozos de jade
sobre las delicadas flores del campo.

El suave perfume de las flores ya se ha ido
y un viento frío encorva sus tallos.
Pronto los lotos flotarán sobre las aguas
con sus dorados y marchitos pétalos.

Mi corazón está cansado. Mi pequeña lámpara

se extinguió con un crujido que me invita al sueño.
Vengo hacia tí, amado lugar de reposo.
Sí, dáme un descanso, necesito que me reconfortes.

Lloro sin cesar en esta soledad.
El otoño de mi corazón ha sido ya muy largo.
Sol amoroso ¿no volverás a brillar
para dulcemente enjugar mis lágrimas amargas?

3. De la Juventud

En medio del pequeño estanque
surge un pabellón de verdes
y blancas porcelanas.

Como si fuera la espalda de un tigre
se arquea el puente de jade
que cruza hasta el pabellón.

Sentados en la pequeña casa, ricamente vestidos,
los amigos conversan y beben;
algunos escriben versos.

Sus mangas de seda se deslizan
por la espalda, con donosura sobre sus cuellos
caen las gorras de seda.

En las tranquilas aguas del pequeño estanque
se reflejan todas las cosas
como en un espejo maravilloso:

Todo se sostiene sobre la cabeza
en el pabellón de verdes
y blancas porcelanas.

Con su arco invertido,
el puente se yergue como una media luna.
Ricamente vestidos, los amigos beben y conversan.

4. De la Belleza

Las muchachas recogen flores
y también lotos en las orillas.
Sentadas entre hojas y arbustos,
juntan flores en sus regazos
al mismo tiempo que ríen y bromean.

El sol dorado brilla sobre los cuerpos
y refleja sus formas en el agua clara.

El sol refleja los finos miembros

al igual que sus dulces ojos.
La brisa eleva suavemente los vestidos
y llena el aire con sus perfumes juveniles.

¡Mirad! ¿Quiénes son esos bellos jóvenes
que corren por la ribera en sus briosos corceles?
Centellean a lo lejos como rayos de sol:
¡Felices trotan entre los verdes pastos!
Relincha un caballo con alegría,
se encabrita luego y parte al galope.
Sus cascos resuenan sobre yerbas y ramas,
como una ráfaga pisotea las caídas flores.
¡Ah! ¡Cómo vuela el vértigo de sus crines
y sopla el cálido aliento de sus narices!

El sol dorado brilla sobre los cuerpos
y refleja sus formas en el agua clara.

Y la más bella de las muchachas
lanza al joven miradas anhelantes.
Su orgulloso ademán es solo disimulo:
en el destello de sus grandes ojos,
en la oscuridad de sus ardorosas miradas
todavía con ansia su corazón palpita.

5. El Borracho en Primavera

Si la vida es sueño
¿por qué entonces fatiga y pena?
Beberé hasta no poder más
¡todo el santo día!

Y cuando beber no pueda más,
saciados ya cuerpo y alma,
tambaleando llegaré a mi puerta
a dormir de maravilla.

¿Qué oigo al despertarme? ¡Escuchad!
Un pájaro canta en el árbol.
Le pregunto si ha llegado la primavera,
pues me parece que sueño.

El pájaro trina: ¡Sí! La primavera
está aquí, ¡vino en la noche!
Con profunda atención lo escucho,
en tanto el pájaro canta y ríe.

Lleno de nuevo mi copa
y la vacío hasta el fondo.
Y canto hasta que la luna brille
en el negro firmamento.

Y cuando no pueda más cantar,
me volveré a dormir.
¿Qué tengo yo que ver con la primavera?
¡Dejadme emborrachar!

6. La Despedida

El sol se oculta tras las montañas.
Sobre todos los valles cae la tarde
con sus sombras de frescura plenas.

Mirad cómo la luna parece un barco de plata
que flota sobre el azul del mar celestial.
¡Siento que sopla una tenue brisa
detrás de los pinos sombríos!

Cantando el arroyo atraviesa la oscuridad.
Palidecen las flores en la luz crepuscular.

La Tierra duerme y respira descanso.
Todas las ansias se convertirán en sueño.
Las gentes fatigadas vuelven a casa
a rememorar en el sueño
olvidadas dichas y pasadas juventudes.

Los pájaros se acurrucan en sus ramas.
Duerme el mundo...

La brisa es fresca a la sombra de mis pinos.
Allí espero a mi amigo;
lo espero para una última despedida.

¡Amigo! Cuánto añoro estar a tu lado
en la belleza de este anochecer.
¿Dónde estás? ¡Hace tanto que te me dejaste solo!

Errabundo voy con mi laúd
por los senderos de suaves hierbas.
¡Oh belleza! ¡Oh mundo por siempre ebrio de amor y de vida!

Se baja del caballo y le extiende la copa del adiós.
El le pregunta hacia dónde va
y también si así debe ser.

Con voz velada, él le responde:
Ay, amigo
¡esquiva me ha sido la fortuna en este mundo!

¿Hacia dónde voy? Vagaré por las montañas,
busco descanso para mi solitario corazón.

Me encaminaré hacia mi patria, vuelvo a mi terruño.
Nunca más los lejanos horizontes.
Mi corazón está tranquilo y aguarda su hora.

¡Doquiera la amorosa Tierra renueva su verdor en primavera!
¡Doquiera y por siempre los horizontes serán luminosos!
Por siempre... por siempre...

REVISTA DE EXTENSIÓN CULTURAL No. 44
Universidad Nacional de Colombia
Sede Medellín
Medellín, Colombia, agosto de 2001